REPERTORIO DRAMÁTICO.

Coleccion de obras escogidas

REPRESENTADAS

EN LOS TEATROS DEL REINO.

Precio: 8 rs.

GRANADA.

Zamora, editor.

[664:20]
1-2 D

UNA DEUDA
Y UNA VENGANZA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

original de

Enrique Lumel.

Representado por primera vez en Madrid en el teatro de la Cruz con general aplauso.

Núm. 25.

GRANADA.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE D. JOSE MARIA ZAMORA, editor.
1853.

Personajes.	Actores.
DON FERNANDO.....	Sr. Corona.
EL MARQUES.....	Sr. Galé.
CLARA.....	Sra. Paz.
AMELIA.....	Sra. Carrillo (D.ª Cristina.)
PASCUAL, mudo.....	Sr. Furtó.

La escena pasa en Málaga año de 1710.

Esta obra pertenece al Repertorio Dramático, *propiedad de D. José Maria Zamora, quien perseguirá, con arreglo á las leyes vigentes, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, liceo, ó cualquiera otra sociedad formada por acciones, suscriciones, ú otra contribucion pecuniaria, sea cualquiera su denominacion.*

A Doña Enriqueta Zumel.

Mi querida hija: ya que el destino nos tiene separados y no me permite hace seis años estrecharte contra mi corazon, admite esta obra que te dedico; cuando tengas edad de conocer lo que vale este recuerdo, apreciarás, sino el escaso mérito de la obra, la memoria que te ofrece el verdadero amor de tu padre,

Enrique Zumel.

Acto primero.

Jardin: fachada de casa á la derecha con ventanas y puerta practicable: puerta falsa á la izquierda: verja al fondo con puerta en medio: árboles por la escena.

ESCENA PRIMERA.

El Marques.

Por qué conservo mi afanosa vida
si la suerte me niega sus favores?
no ha de ser mi existencia aborrecida
en medio de dolores?
Acaso en este mundo
he crecido feliz desde la cuna
sin un dolor terrible, hondo, profundo?
Le debo algun favor á la fortuna?
Nunca un placer cabal...! Nunca en la tierra
de una dicha completa vi el camino;
del mundo en el girante torbellino
me hallé entre luto y guerra...!
Tranquilo ya creia
mi padecer terminaba,
cuando quiso el eterno que otro dia

nueva era empezase de tormento;
se alejó aquella paz que comenzaba;
y en aciago momento
presentome á una bella mi destino,
y me ha encantado su ademan divino.
Me acerco á esa mujer, y me rechaza!
le repito llorando mi querella,
y sin piedad mi pecho despedaza
burlándose de ella.
La ofrezco mi tesoro;
rindo á sus piés mi hacienda y poderio;
ella se rie de mi amargo lloro,
y pone á mi pasion desden impio!
Para vivir sufriendo de esta suerte,
es preferible recibir la muerte!

ESCENA II.

Dicho, Amelia *y* Clara.

Ame. Ven, hermana, por aqui:
gozaremos la frescura;
ya la noche cierra oscura.
Nos sentaremos alli.

Mar. Pero siento entre el ramaje
dos señoras segun creo...
mas me engaña mi deseo...?
es Clara! (*Se oculta.*)

Ame. Con su ropaje
de luto vistió la esfera
la noche apacible y grata,
y entre visos de escarlata
ya la luna reverbera.
A esa luz tan trasparente
la natura se divisa,
y aqui soplando la brisa
refrescará nuestra frente.

Cla. Y falta me hace, pardiez!
jamás el ídolo mio
causome tal desvario
como el que siento esta vez!

Va á partir, hermana mia,
y recelo tantos males...
los furiosos temporales
me llenarán de agonia;
pues cuando escuche el cruel
trueno que lejos retumba,
tendré miedo que sucumba
en las olas su bajel.
Mal haya la profesion
que á tanto peligro espone,
y en que tal zozobra pone
á mi pobre corazon.

AME. Serénate, hermana mia;
tu frente despide fuego,
ten, por Dios, calma y sosiego:
desecha tu pena impia.
Pues dí: no puede volver
como otras veces Fernando,
y recibirle llorando...
mas llorando de placer!
Maldices su profesion
en medio de tu amargura,
porque llena de tristura
su partida al corazon;
mas al ver la ola en tropel
que brama, llega y se humilla
bajo la cortante quilla
de su velero bajel;
al ver la lona impelida
por el recio vendaval
entre montes de cristal
llevar la nave atraida;
y juguete de las olas
que rugen acompasadas,
ir luciendo enarboladas
sus flotantes banderolas!
Con energia luchar
con furiosos elementos,
y luchando, por momentos
la ansiada orilla ganar;
se admira al humano ser,
al mortal que ha de ser nada,
que opone á la mar airada
su miserable poder.
Alli del hombre el valor

es dique á los temporales;
arrostra los vendavales
y de la mar el furor.
Y Dios que autor es de él,
mi entusiasmo no demande,
nunca vé al hombre mas grande
que cuando rige un bajel.
Bendigo esa profesion
que al mortal da tal bravura,
aunque llene de tristura
su partida al corazon.

CLA. Amelia, si tú le amaras
con tan ardiente delirio;
si sufrieras mi martirio,
de otra manera pensaras.
Renunciaras á la gloria
que conquistara tu amante,
si su riesgo algun instante
te ocupara la memoria.
Si es vencido su valor
por la furia de los mares,
no crecieran mis pesares?
no fuera mi afan mayor...?
Acaso es proporcionado
el peligro á que se espone,
con la fuerza que dispone
su espíritu denonado?
No lo es, Amelia; eso no,
y mas me aflijo por eso;
tú piensas en su regreso
porque no amas como yo.

AME. (Ay Dios mio!) Eso es verdad:
no me interesa á mí tanto,
que vierta por él mi llanto
como tú en la soledad.
Pues aunque acaso te diga
que me causa algun quebranto
su marcha, por fin mi llanto...
es el llanto de una amiga.
Que nunca mi corazon
albergará el sentimiento,
ni el espantoso tormento
de quien le amá con pasion...
Pero hablemos de otro asunto;
no se vendrá á despedir...?

CLA. Aqui ha quedado en venir
á las ocho. *(Dan las ocho.)*
AME. Son en punto.
CLA. Ay! que el corazon me ha dado
un latido tan terrible
al oir...
AME. Es muy posible,
la puerta falsa ha sonado.
CLA. Es verdad...?
AME. Pienso que sí.
El campo te dejaré,
y que no parta querré
sin despedirse de mí.
CLA. Amelia...! qué buena eres...!
siempre con tan buen humor...
AME. Soy la mujer... (oh dolor!)
mas feliz de las mujeres.

ESCENA III.

CLARA, FERNANDO, PASCUAL.

CLA. Fernando, llega á mí.
FER. Clara querida.
CLA. Esta noche por fin...
FER. El cruel momento
ya se acerca, oh dolor! pronto la nave
las olas surcará fuera del puerto;
por si acaso, mi bien, es esta noche
la postrera feliz, en este asiento,
bajo esa oscura bóveda en que brillan
los astros del destino, conversemos.
CLA. Me llenan de inquietud esas palabras.
FER. No hagas caso, por Dios, que si en mi acento
las huellas de un dolor hondo, profundo,
por desdicha, mi Clara, he descubierto,
quizá es supersticion, pues mis temores
son por vano y cruel presentimiento.
CLA. Qué presientes, mi bien?
FER. Habla mas bajo.
CLA. Contigo viene un hombre... qué misterio!

FER. No es por él mi reserva; ya te dije,
si no recuerdo mal, en otro tiempo,
que á un marinero de estranjero buque
en Asia liberté de entre los negros;
que la lengua los viles le cortaron,
y desde entonces como humilde siervo
no se aparta de mí; pues esta noche
en que embarcarme sin demora debo,
conmigo viene.

CLA. Te querrá!

FER. Cual quiere
al amo que le cuida el pobre perro.
Mas hablemos de tí, de mis amores;
esta ausencia será por largo tiempo,
y quiero aprovechar, hermosa mia,
hablando de mi amor estos momentos.

CLA. Qué infelices nacimos...! Oh Fernando!
nuestros padres, que siempre amigos fueron,
riñeron cuando amor inestinguible
empezaba á nacer en nuestros pechos.

FER. Y del tuyo el rencor nos precipita,
porque despues que fué mi padre muerto
en mí quiere saciando sus reconres
vengar su ofensa.

CLA. Dime, y lograremos
alguna vez unirnos para siempre
y felices vivir!

FER. Bien lo deseo,
porque tu amor, gacela de mi vida,
es mi sola esperanza; porque siendo
rudo marino que medito en calma
cuando contemplo que la mar rugiendo
envuelve en olas mi mezquina nave
cual juega á veces con la pluma el viento,
este mi corazon que es insensible
á aquel peligro tan terrible y cierto,
hoy se encuentra angustiado, Clara mia,
porque sé que de tí pronto me ausento.

CLA. Y dime por piedad: padeces tanto
como al pensar tu marcha yo padezco?

FER. Sábelo Dios...! Quisiera solamente,
pues no tenemos ahora otro remedio,
me dieras una prenda, que en los mares
me sirviera á mis solas de consuelo.
Una prenda que muda me dijera

que dueño soy distante de tu pecho.

CLA. Mi brazalete toma; mas que nunca
se separe de tí.

FER. Te lo prometo.
Seguro de tu amor; con la esperanza
de conseguir mi dicha á mi regreso,
soportaré trabajos y pesares
solo pensando en tí; cuando en buen tiempo
se deslice la nave como sombra
por ese grande y cristalino espejo,
la lona hinchada, con el viento en popa,
tersa la escota, despejado el cielo,
recostado tal vez en la obra muerta
consultaré tranquilo mis recuerdos,
y creeré que le debo la bonanza
á que elevas por mí ferviente ruego.
Si acaso el huracan mi buque impele,
y zozobra tal vez en la ola envuelto,
y perdido el timon, los palos rotos
y la quilla punzante abierta veo,
entonces en mi mente acalorada
cuando el pavor embargue mi cerebro,
tu imágen hallaré; en tan fiero trance
por temor de perderte tendré aliento;
y por salvar mi deseada vida,
lucharé con la mar, el aire y cielo...!
Esta prenda de amor que aqui me entregas,
un talisman será, que siempre ileso
me conserve por tí; tu imágen bella
siempre grabada aqui, en mi pensamiento,
será el fanal que por el mar me guie;
será la luz que alumbrará mi pecho;
el timon que me ayude en la borrasca,
y el norte que mi buque lleve al puerto.

CLA. Tus palabras me encantan, sí, Fernando!
y derraman un bálsamo en mi pecho
que consuela el dolor con que batallo
y fuerzas me dará hasta tu regreso.
Tú pensarás en mí! De igual manera
ocupado por tí mi pensamiento,
el tiempo que tú estés en tierra estraña
en mi mente tambien te estaré viendo.
Cuando el cielo sereno y despejado
de follajes de lino esté cubierto,
y entre el claro crespon de blancas nubes

los rojos rayos de la luz saliendo,
iluminen la cumbre de los montes,
el ancho prado y el pinado cerro,
daré gracias á Dios, deseando solo
que dé á tu buque el favorable viento;
si acaso oigo rugir la mar inquieta;
si se pone tal vez oscuro el cielo
y el relámpago brilla de repente
causando á su esplosion horrible trueno,
entonces oraré puesta de hinojos,
elevando mi llanto al Ser Eterno,
y pidiendo que libre del peligro
al que es tan solo de mi vida dueño!
Ni un instante, Fernando, ni un instante
me olvidaré de tí, te lo prometo.
Tu partida, una pena asoladora
me causará cruel! mas cuando el tiempo
llegue feliz en que por dias espere
que se calme mi afan con tu regreso,
las horas contaré; con la esperanza
respiraré dichosa, y cuando viendo
de mi torre que un buque á todo trapo
las claras blondas de cristal rompiendo,
dando al aire flotantes gallardetes
á largo paso se encamina al puerto;
cuando saltar te vea sobre el bote,
lágrimas verteré, mas de consuelo;
y correré á tus brazos, dueño mio,
cuando saltes del débil barquichuelo,
y en ellos quedareme aletargada,
si acaso de placer no espiro en ellos...!

FER. Clara mia...!

(Hace el Marqués un movimiento para salir. Pascual lo nota y corre adonde está Fernando: le toca en el hombro y le indica que alli hay gente.)

FER. Qué quieres, buen Pascual?
Que hay alguien escondido? Lo veremos!

CLA. Dios!

FER. Guia!

(A Pascual que se dirige adonde está el Marqués; este se presenta.)

MAR. No es menester.

CLA. Oh! desventura!
Si mi padre... corramos!

(Vase á la casa.)

ESCENA IV.

FERNANDO, *el* MARQUES *y* PASCUAL.

FER. Caballero...
Por mi fe que mucho estraño
que escondido en la enramada
haga el oficio de espia...
MAR. Al punto sabreis la causa.
Sé que ninguna razon
me asiste en esta demanda;
pero el destino terrible
que mi pecho despedaza
y hace eterno mi suplicio
quitándome la esperanza,
él responsable será
de todo el mal que yo haga.
FER. Concluid!
MAR. Pues de eso trato.
La vez primera que á Clara
he visto, señor piloto,
encendió por mi desgracia
una hoguera abrasadora
que mi pecho despedaza.
Es un afan, un delirio...!
Me he prosternado á sus plantas,
y ya debeis presumir
que no he conseguido nada.
He venido á este jardin
á ver si por las ventanas
á través de los cristales
algunas veces pasaba,
y yo podia entre tanto
en silencio contemplarla.
La sentí venir aqui;
me oculté, nunca lo osara...!
creo debeis conocer
que yo todo lo escuchaba,
y cómo mi corazon
padecia! Tuve harta

resignacion: finalmente,
mi paciencia se acababa,
y he salido.

FER. Caballero,
compadezco su desgracia,
y perdono á su dolor
el que asi nos escuchara.

MAR. Ni lástima ni perdon
de nadie quiero; la llama
que en mi pecho se mantiene
ya me consume y me abrasa,
y sé que razon no ayuda
esta noche mi demanda.
Pero le envidio su dicha;
aun lejos de aqui mañana
os tendreis por muy feliz,
porque para serlo, bastan
las palabras que sus labios
pronunciaron; pues me mata
el desden de esa mujer
y el pensar que aunque mañana
esteis ausente de aqui
siempre en la mente de Clara
permanecereis, y nunca
podré tener esperanza,
prefiero muerte mas pronta;
y asi elegid pues un arma
y al punto acabad por Dios
esta vida infortnnada.

FER. Calmaos, que puede ser,
pues todo el tiempo lo acaba,
que olvideis ese delirio
que os ofusca y os maltrata:
seamos amigos y asi...

MAR. No sabeis que esas palabras
son un veneno cruel!
su amistad no, no! mal haya
la suerte que asi nos puso
contrarios y cara á cara!
vos sois inocente, sí,
es injusta mi demanda;
no puedo quejarme nunca
del desden que muestra Clara;
estoy loco y tengo envidia
de su ventura; me agravia

el pensar que sois amado,
y mi destino me arrastra
á que le mate ó morir:
con que pronto elegid armas,
y que su muerte ó la mia
sea el término á mis ansias.

FER. Sin duda está delirando;
volved en vos y con calma
meditad lo que decis:
á mí no me ofende nada
de vos en esta ocasion,
porque veo la desgracia
que ha acalorado su mente...
Esos pesares del alma
la resignacion los cura
y con el tiempo se gastan.
La muerte quereis buscar,
ó matarme; mas no alcanza
vuestra idea que ese medio
no os da ninguna esperanza,
y os aleja mas y mas
de su deseo? Si el arma
fatal os quita la vida,
os alejais mas de Clara;
y si acaso muero yo,
no veis que ella recordara
que me habiais dado muerte,
y á todas vuestras plegarias
responderia blasfemias
huyendoos horrizada...?

MAR. Y qué me importa? la vida
me estorba...! Quiero jugarla,
y no porque piense en ello
ganar ninguna esperanza,
es mi destino fatal
quien en esta noche aciaga
aun conociendo mi yerro
me aconseja la venganza.

FER. Pues no os batireis conmigo;
os lo prevengo.

MAR. Me espanta
esa frialdad, caballero,
y espero que sin tardanza
varieis...

FER. Yo? no por cierto.

MAR. Con que no os batis? Oh rabia...!
Si os insulto...?
FER. Nada oigo.
MAR. Y si acaso insulto á Clara?
FER. Entonces... Oh...! sois un loco,
y os tengo por ello lástima!
MAR. No...! no es eso...! Es el temor
lo que ahora tu pecho embarga,
porque te juzgas dichoso,
y gozas con la esperanza
de encontrar á tu regreso
la fortuna deseada!
Por eso temes morir...!
Por eso con esa calma
respondes. Por cobardia...!
FER. Miserable!
MAR. Elegid armas...!
FER. La señal de á bordo espero
para volver á la playa
y embarcarme; mis pistolas
solo están aqui cargadas,
y con ellas, señor mio,
os llevaré gran ventaja.
Siempre al blanco que yo apunto
va á deshacerse la bala.
MAR. Pues que la suerte decida.
Que esté una sola cargada
y que elija cada uno.
FER. Pascual, al punto descarga
sin ruido una pistola:
á un lado pronto te apartas,
y luego á este caballero
las dos has de presentarlas,
y que elija la que guste.

(Pascual suplica á su amo por señas que le permita batirse por él.)

FER. Qué dices...? Vamos, despacha!

(Pascual se oculta llorando entre los árboles con las pistolas.)

MAR. Parece que la fortuna
en haceros se empeñaba
el mas feliz de los hombres...!
teneis el amor de Clara
y ejemplo de la amistad

ese mudo...

FER. Eso os estraña?
Yo la vida le he salvado
en otras tierras lejanas,
y desde entonces cual veis
siempre viene en mi compaña;
es el amigo mas fiel,
ni con el oro le ganan,
ni hay afecto que en él pueda
como la fe que me guarda.

MAR. Todo bueno para vos,
para mí solo desgracia!

FER. Confiad, que la fortuna
tambien á veces se cansa,
favorece al infeliz
y al dichoso desampara;
jóvenes somos los dos,
y como la suerte cambia,
quizá se trueque en ventura
vuestra presente desgracia.

(Pascual sale y presenta al Marqués las dos pistolas por las culatas; este toma una.)

MAR. Cualquiera...!

FER. Con que ha de ser!
no desistis...

MAR. Mis palabras
las cumplo siempre.

FER. Adelante.

MAR. El cañon al pecho.

FER. Vaya...!

(Se acercan las pistolas al pecho el uno del otro: Pascual manifiesta grande inquietud; el Marqués dispara y no sale el tiro: le ha tocado la vacia.)

MAR. Mi suerte siempre es igual...!
Mas que es eso? no dispara!

FER. He admitido el desafio
(Apartando la pistola del pecho del Marqués.)
porque nunca imaginara
que fuera por cobardia
el no admitir. Ya la bala
con sangre fria aguardé,
que me es natural la calma.
Y ahora como nada gano

en matarlo, creo me basta
haberle solo probado
que el duelo no me arredraba.

MAR. Es que yo no me conformó!
no quiero piedad ni gracia!
quiero morir; es mi suerte;
me hace un favor quien me mata.

FER. Pues lo que es yo no lo haré.

MAR. Quereis humillarme... infamia!
esa generosidad
no me obliga que me ultraja.

FER. No he pretendido humillaros,
y aseguro que me cansa
esa tema; señor mio,
le suplico que se vaya!

MAR. Es que yo os debo la vida.

FER. Y yo no quiero cobrarla.

MAR. Pero ya lo he dicho antes,
no quiero piedad ni gracia;
la suerte os favoreció
y asi le ruego que haga...

FER. Dejadme en paz!

MAR. No señor...!
no quiero que ante su dama
diga una vez que le debo
esta vida infortunada!
Que vivo por su piedad...!
no quiero deberle nada!

FER. Una idea me ha ocurrido!
matarle no me hace falta
por ahora; puede ser
que mas adelante hagan
los sucesos que yo os pida
el derecho que con tanta
justicia tengo, de disparar
esta pistola cargada
contra vos: es una deuda
que tiene, y que se le aplaza
el cobro; no le conviene?
Disparar... es asustarlas
á las dos pobres señoras,
que ya con inquietud harta
estarán; con este plazo
mas la vida se os alarga:
me pagais cuando yo exija

quedando asi en paz.

MAR. Me agrada.
Pero al hacer un empréstito
y cuando el pago se aplaza,
hasta que el plazo se cumple
(*Sacando una cartera.*)
con un pagaré se paga.

FER. No entiendo...

MAR. Como no quiero
deberle ninguna gracia,
le firmaré un documento...

FER. No es bastante su palabra?

MAR. No! que tendria que deberos
entonces la confianza
que haceis de mí.

FER. Qué rareza!

MAR. Pronto concluyo: se llama...

FER. Fernando Alvarado.

MAR. (*Escribiendo.*) Bien.

FER. Al ver locura tamaña
no sé que pensar: en fin...

MAR. Ya está la cosa acabada,
(*Dándole el papel.*)
y pues la suerte ha querido
que aqui lleveis la ventaja,
conservad ese derecho
hasta que el usarlo os plazca.
Adios, y que un buen viaje
corone sus esperanzas.

(*El Marqués se marcha: Pascual le sigue con desconfianza, y le vé marchar desde el dintel de la puerta donde se queda observando.*)

ESCENA V.

FERNANDO.

Vaya un hombre singular...!
debe ser muy desgraciado!
su mente se ha trastornado
sin duda por el pesar.

Y dice que á Clara adora
y que padece por ella;
y en su amorosa querella
él se desespera y llora!
Muero á sus manos aqui
si no me ayuda la suerte,
y por su empeño, la muerte
generoso no le dí.
Hice bien; no hay porque pueda
arrepentirme; quizá
á Clara galanteará...
yo me marcho... y él se quedá!
(*Mirando el papel.*)
Un marqués...! por vida mia...!
si acaso un revés fatal...
si un furioso temporal,
ó alguna desgracia impia
me detiene... y en conciencia
como él humilde demande...
como el afecto mas grande
suele entibiarlo la ausencia...!
Esta idea me asesina!
pero no...! si ella me adora!
si desesperada llora...
perdona, Clara divina!
Esta sospecha cruel
indigna es á fe de tí...!
Entre tanto... hago bien, sí,
en guardar este papel.
No me sirve de embarazo
aqui en la cartera mia,
y acaso convenga un dia
reclamarle este balazo!

ESCENA VI.

FERNANDO *y* AMELIA.

AME. Fernando, partir ya: la pobre Clara
no puede aqui volver, porque mirando
á los dos desde alli, vió las pistolas

y un suceso terrible recelando
ha perdido el sentido.

FER. Oh! Qué escucho!
por causa de ese necio... Clara mia!
si pudiese yo verla...

AME. No, imposible;
mi padre sin dudar se enteraria;
y luego que estuviérais en los mares
objeto de sus iras fuera Clara,
que amar al hijo de Alvarado, nunca
á su infelice hija perdonara.

FER. Oh! Si, teneis razon! por qué el destino
en la senda feliz de mis amores
coloca inconvenientes invencibles?
siempre rastrojos hallo en vez de flores!

AME. Amais y sois amado! No se queje,
que mas desgracia es, por esperiencia,
adorar á un objeto y no inspirarle
sino solo amistad ó indiferencia.
El amor entre dos si es compartido
allanar los obstáculos pudiera;
mas sintiéndolo solo un triste pecho,
es preciso que él, callado muera.

FER. Acaso vos, Amelia.

AME. No lo dije
por mí, Fernando; pues el pecho mio
libre respira del amor tirano;
ignoro lo que es tal desvario.
Pero á algunas quejarse acongojadas
escuché, don Fernando, de su suerte,
y el desden de su amante lamentando
desear tan solo recibir la muerte.
Y les oí decir que es un tormento
el mas cruel que padecer se puede,
sentir una pasion abrasadora
y que este amor en el silencio quede.
Y ver tal vez que la persona aquella
adora á otra mujer, y estos amores
proteger aun en contra de los suyos,
padeciendo en el alma mil dolores.

FER. La mujer que asi sufra, amiga mia,
merece por amar con tal delirio,
protegiendo la dicha de su amante,
alcanzar la corona del martirio;
pero Clara...

AME. Es verdad, vuelvo á su lado;
aceptareis por mí su despedida.

FER. Decidla que me alejo pesaroso;
que su recuerdo alentará mi vida:
que no olvide jamás que el pecho mio,
mi mente, mi fortuna, todo es suyo;
si me falta su amor por un instante,
en ese instante de vivir concluyo.

(Suena un cañonazo, y entra Pascual, toca en el hombro á Fernando y le indica que ya es tiempo de partir.)

FER. Ya marchamos, Pascual.

AME. El cielo quiera
que lleveis, don Fernando, un buen viaje
y que pronto torneis.

FER. Volver espero
antes de un año, Amelia, á este paraje.
Adios!

AME. Adios...!

FER. Decid á Clara...

AME. (Cielos!)

FER. Que aqui queda con ella mi alvedrio.
Marchemos, buen Pascual. Adios, amiga.
(Dale la mano y parte.)

AME. No puedes sufrir mas, corazon mio!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

Salon con puertas laterales y al foro. Una ventana á la izquierda en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

AMELIA.

Pasó otro dia, pasó, mas ay! no llega,
no se puede saber cual es su suerte;
mientras Clara al placer aqui se entrega
sin atender de su conciencia al grito;
tal vez es presa de la triste muerte
el mísero Fernando:
tal vez en lejos climas él llorando
si por acaso vive,
solo anhele tornar para abrazarla;
y si ha muerto, sin duda
habrá sido su caja mortuoria
el trasparente mar, y en aquel trance,
en tan feroz momento,
ocupaba quizá su pensamiento
de su Clara querida la memoria!
y Clara le olvidó! con otro hombre

hoy al pié del altar va á desposarse
sin que le aterre de Fernando el nombre,
sin que un recuerdo leve
de promesa sagrada,
del amor que juró, turbe su gozo.
Yo que sola por él lloro angustiada;
yo que nada juré; que no era amada,
y que siento en mi pecho sin embargo
una hoguera fatal que me devora,
y el pecho llena de dolor amargo;
su amante le vendió: su amiga llora!
por otro hombre le olvidó su amada,
y yo le olvidaré en la tumba helada.

ESCENA II.

AMELIA *y* CLARA.

CLA. Estás aqui, Amelia mia,
siempre retirada y sola,
y no comprendo la causa,
hermana, de tus congojas.
AME. En verdad, Clara querida,
que mucho cambian las cosas;
en una noche fatal
bajo la estrellada alfombra
tu llorabas, y yo alegre
traté tu faz melancólica
de alegrar, desvaneciendo
las oscurísimas sombras
que borraban de tu mente
una idea consoladora.
Entonces, Clara querida,
me decias que era loca,
y al verme llorar, dirás
lo mismo quizás ahora.
El cielo sin duda quiere
que nuestras dichas se opongan,
y que si rie la una
tenga que llorar la otra.
CLA. Pero esplícame...

AME. Al momento.
Ya se apresura tu boda
con el marqués, y olvidaste
al hombre que abrasadora
pasion te inspiró otro tiempo,
y sin saber si la fosa
encierra en su centro frio
los restos de su persona,
ó si vive en tierra estraña
derramando gota á gota
llanto de sangre por tí;
conservando en su memoria
la imágen de la mujer
que juró...
CLA. No que estás loca
te diré, querida Amelia,
pero sí que en esta hora
las causas que á mi me obligan
á contratar esta boda,
por el recuerdo ofuscada
sin duda no reflexionas.
Tú sabes que amé á Fernando
cual la planta al sol que dora
y vivifica su flor,
pues sin su calor se agosta.
Ya sabes que desprecié
al marqués, hasta la hora
en que murió nuestro padre,
que Dios conserve en su gloria.
AME. Padre mio!
CLA. Sabes mandó
me enlazase sin demora
con el marqués, esta fué
su voluntad y no otra.
Y deberá respetarse
el deber que nos imponga
un padre, Amelia querida,
y mas en su última hora.
AME. Es verdad.
CLA. Hablé al marqués,
y le dije pesarosa
el amor que hácia Fernando
sentia, y que su esposa
habia jurado llamarme;
y él me respondió... «Señora,

hace tiempo que en mi pecho
abrió una herida tan honda
vuestro desden, que ya nunca
la cicatriz bienhechora
vendrá á evitar que destile
hiel amarga, gota á gota!
conozco el amor que tiene
al que en regiones remotas,
ó quizás ha perecido,
ó vive pensando en otra.
Siendo fiel, es su silencio
prueba de muerte espantosa;
si no ha muerto, y ni una letra
llegó que de su persona
dé noticias, la insconstancia
debe ser la causa sola.
No pretendo yo entibiar
ese amor, ni de mi boca
saldrá una queja; constancia
es esa que me enamora;
y aunque sea en daño mio,
la admiro. Y á la imperiosa
órden que su buen padre
le intimó en su última hora,
yo renuncio; solo quiero
que si no es la suerte próspera
para vos, y ese Fernando
de aqui á dos años no torna,
se acuerde que este infeliz
por vos en silencio llora,
y que no anhela mas dicha
sino llamarla su esposa.»

AME. Fué generoso.

CLA. Ya ves!
Hacia dos años, la costa
de España dejó aquel hombre
que amaba yo como loca.
Pasaron otros dos años;
y tiempo pienso que sobra
para cruzar todo el mundo
desde una zona á otra zona.
Nada supimos de él,
y en esta duda horrorosa
nada nos dice si ha muerto,
nada su silencio abona.

Si lo primero, ya ves
que yo seria muy tonta,
si pasado el sentimiento
quisiera meterme monja;
si no es asi; si está vivo
y nada escribe, de sobra
se conoce que otro amor
borró ya de su memoria
la pasion que le inspiré;
y justo no fuera ahora
que por un ingrato ó un muerto
dejase en pena angustiosa
á un hombre que enamorado
hace tiempo que me adora,
y faltase al mandamiento
de mi padre que esté en gloria.

AME. Pero tú amas al marqués?

CLA. Ni á sus cartas, ni á sus coplas,
ni á los requiebros corteses
que pronunciara su boca,
debe el amor que en mi pecho
á favor del marqués brota.
Sino á su mucha constancia:
su resignacion heróica,
y el ver que muy caballero
él respeta la memoria
hasta del mismo rival
que un tiempo su dicha estorba.
Confieso que la esperanza
perdí de ver al que en hora
fatal marchara de aqui;
las palabras seductoras
del marqués fueron labrando
en mi corazon, y borran
por último aquel amor
que á otra pasion imperiosa
cede el puesto; los contratos
se firman hoy, y la esposa
seré del marqués al punto.
(Vase á la ventana.)

AME. (Esta es la vida traidora!
las pasiones ponderadas,
y las mujeres que lloran
y juran y se desmayan...
Pobre Fernando!) *(Vase.)*

CLA. Qué pronta
es la vuelta del marqués!
ya se acerca su carroza;
pero Amelia... se marchó!
A fe que mi hermana es tonta;
llorar asi... por qué causa?
Si acaso llama amorosa
en su pecho por Fernando...
no puede ser...! Mas la historia
de su pesar olvidemos,
pues por su gusto solloza!

ESCENA III.

CLARA *y el* MARQUES.

MAR. Me esperabas, Clara mia?
CLA. Como sentí tu carroza...
MAR. Mi corazon se alboroza;
me enloquece de alegria.
Hubo un tiempo en que anhelé
desesperado morir,
pues tanto llegué á sufrir
que la vida abominé.
El mundo lo tuve en poco;
su pompa la despreciaba
sin tí, porque te adoraba;
te adoraba... como un loco!
Y yo necio en mi amargura
mi fortuna maldecia,
que el bien desear me hacia
para darme mas ventura.
CLA. Tanto me quieres?
MAR. Oh! sí...!
Y tú te juzgas dichosa
al pensar serás mi esposa?
Me amas?
CLA. Con frenesí.
MAR. Algo turba mi alegria
el pensar no haya en tu mente
algun recuerdo presente

de otro tiempo...

CLA. No á fe mia.

MAR. Tambien amaste.

CLA. Es verdad;
pero aguardé cuatro años,
y penas y desengaños
ganó mi fidelidad.
Pues ni una carta he tenido
que mis penas consolara,
que mi esperanza alentara,
y asi, le eché en el olvido.
Es verdad que yo quisiera
que fuese por inconstancia
el no volver, y á distancia
de mí, que dichoso fuera;
porque en un tiempo le amé,
y quisiera su ventura:
y no que en la sepultura
ó en la mar sin vida esté.

MAR. Y ese deseo es amor!
es un resto de aquel fuego...

CLA. No lo creas; ten sosiego;
que no te causen temor
mis palabras; una cosa
es respetar su recuerdo
y otra amarle; sé mas cuerdo
cuando voy á ser tu esposa.

MAR. Le has amado mas que á mí.

CLA. Eso no es cierto tampoco:
dices que has estado loco
y lo voy creyendo, sí!
Porque dudas y te he dado
pruebas de amor sin segundo,
pues con ninguno en el mundo
se puede ver comparado.

MAR. Es cierto... es cierto; perdona:
si celos de lo pasado,
mi Clara, te he demostrado,
pienso que mi amor me abona.
Que estoy á la desventura
acostumbrado, y presumo
que el viento, acaso, cual humo
se va á llevar mi ventura.

CLA. No depende de mi fe?

MAR. De ella tan solo, es verdad.

CLA. Nadie, Carlos, su lealtad
probará cual probaré.
Que aunque es el mundo tan vario,
yo soy firme, y ya deseo
se celebre el himeneo.
MAR. Pues pronto vendrá el notario.
CLA. Voy á adornarme mejor.
MAR. Y yo voy por los amigos,
que vendrán á ser testigos
de la dicha de mi amor.
CLA. Adios, y vuelve, bien mio,
á mi lado con presteza.
MAR. Me encanta tu gentileza.
CLA. Contigo va mi alvedrio.

ESCENA IV.

El MARQUES.

Oh! Dios conserve mi dichosa vida,
pues la suerte me otorga sus favores;
mi existencia de hoy mas será querida:
huyeron mis dolores!
Y si al venir al mundo
he crecido infeliz desde la cuna
con un dolor terrible, hondo, profundo,
sin deberle un favor á la fortuna;
ni gloria ni placer hallé en la tierra,
ni de dicha completa ví el camino,
y del mundo en girante torbellino
me hallé entre luto y guerra;
si infelice me creia,
ha querido el Eterno que otro dia
nueva era empezase de contento;
se alejo aquel pesar que me acababa;
y en tan feliz momento
ha cambiado una bella mi destino,
con grata voz, con ademan divino.
Porque ya esa mujer no me rechaza:
escucha complaciente mi querella,
y ya mi corazon no despedaza

burlándose de ella.
Y acepta mi tesoro;
suyo es, mi hacienda y poderio;
porque ha enjugado mi abundante lloro
y no me trata con desden impio.
Y pues ya se truncó mi mala suerte,
ahora anhelo vivir; temo la suerte.

ESCENA V.

El Marques *y* Amelia.

Mar. Amelia... mas que teneis?
por qué ese ademan sombrio!
Mar. No es nada.
Mar Yo no quisiera
que hoy que me hace el destino
venturoso con la bella
que idolatro con delirio,
haya nadie que en silencio
sufra triste al lado mio.
Sentireis quizás, Amelia,
que me ame Clara?
Ame. No amigo;
no atribuyais jamás
mi tristeza á ese motivo,
pues de ese amor considero
que vos sois, marqués, muy digno.
Mar. Entonces, amiga mia,
qué le pasa? pues colijo
por ese triste semblante
y ese profundo suspiro,
que alguna causa ocasiona
su pesar; si dar alivio
puedo yo á sus padeceres,
sepa que estoy decidido
á aliviarlos; y si acaso
alguien la ofende, mi brio,
al que ocasione su pena
sabrá imponerle castigo.
Ame. Gracias, marqués; pero sepa

no tengo ningun motivo
para estar triste; no sé...
y pienso que habrá advertido
que no es solamente ahora
cuando padezco...

MAR. Ya he visto
en efecto muchas veces
que ese rostro tan divino,
le nublan tintas sombrias...
pero hoy... yo le suplico
deponga toda tristeza;
porque fuera mal auspicio
al firmar mis esponsales,
mirar su rostro afligido.
Adios, Amelia; al momento
voy á buscar los amigos
y al notario; pronto vuelvo.

AME. Adios, marqués.
(Vase el marqués.)

ESCENA VI.

AMELIA.

Me horrorizo
al pensar... pobre Fernando!
pronto todos al olvido
te dieron, mientras yo sola
por tí mi llanto he vertido.
Solamente en mi memoria
tu nombre ha quedado fijo,
y la zozobra... el pesar...
por ignorar tu destino.

ESCENA VII.

AMELIA, FERNANDO *y* PASCUAL.

AME. Pero esos caballeros... mas qué miro!
FER. Amelia!
AME. Oh! cumpliose mi esperanza...!
Mas vos aqui...! sin avisar...
FER. Es cierto;
despues de cuatro años de desgracias,
de pesares continuos, he tornado
feliz á ser á mi querida patria.
Cómo estamos, Amelia? Su buen padre...
AME. Murió!
FER. Pobre don Diego!
AME. Hace dos años.
FER. Pero adónde decid se encuentra Clara?
dónde el fanal que en mi contraria suerte
mi mente, mi razon, iluminaba?
AME. Fernando...!
FER. Qué sucede...? Vacilante
no acertais á decir...
AME. Es que me espanta
la nueva que he de darle.
FER. Ha perecido?
AME. No por cierto.
FER. No...? Entonces qué desgracia...?
AME. Una mala noticia en este instante...
FER. Al infortunio se avezó mi alma,
y nada alterará mi faz un punto,
ni mella al corazon causará nada.
Decid, Amelia.
AME. Pues el cielo quiso
que mi padre al morir mandase á Clara
que con un marqués rico, poderoso,
se enlazase al momento que él faltara.
FER. Gran Dios! qué me decis? se habrá casado!
AME. No, Fernando; mas pronto en esta casa
se firmará el contrato.

FER. Es imposible!
cómo sus juramentos olvidara?
cómo el amor que me inspiró pudiera...?
AME. Vuestra ausencia, Fernando, se hizo larga
y Clara que no vió carta ninguna,
ya perdió de una vez las esperanzas.
Luego el mandato del difunto padre
con pesar muchas veces recordaba,
y el marqués, cariñoso en demasia,
la probaba su amor y su constancia.
Se impusieron un plazo; este cumpliose,
y no hay mas que añadir pues hoy se casan.
FER. Miserable de mí!
AME. Por qué la ausencia,
desgraciado Fernando, fué tan larga
y por qué no escribir?
FER. Porque el destino
en mí empleó su rigurosa saña.
Porque quiso que un triste desengaño
mi pobre corazon despedazara.
Al volver en mi buque deseoso
de pisar las riberas de la España,
quiso el destino con fiereza suma
á los pesares avezar mi alma.
Una nube se vió en el horizonte
que parecia imperceptible mancha,
y nuncio de desastres y desdicha,
á nosotros creciendo se acercaba.
Furioso el viento, en las tirantes cuerdas
silvando sin cesar llega á quebrarlas,
y las lonas flotantes á los palos
con fuerzas colosales azotaban.
Las nubes mas oscuras, encubrieron
el espacio que antes claro estaba,
y las ondas bramando en torno nuestro
nos envolvian en su espuma blanca.
Todo era oscuridad; copiosa lluvia
tambien sobre nosotros descargaba,
y el negro manto que cubria el cielo
dando un horrible aspecto á la borrasca;
aquel caos tenebroso algunas veces
con gran velocidad se desgarraba,
dando paso al relámpago terrible
que la fatal escena iluminaba.
AME. Jesus que horror!

FER. Cargamos el trinquete,
al tamborete se subió la gabia,
orzamos y corrimos el chubasco,
probamos á quedarnos á la capa;
no quedó maniobra que no hiciese;
arrojamos al mar toda la carga,
pero todo fué en vano; pues la entena
rota en astillas se perdió en el agua,
crugian el bauprés y el mastelero,
del castillo rompiéronse las tablas,
perdimos el timon, y yo la gente
votando y maldiciendo la animaba;
mas ya de salvacion en tal momento
perdieron de una vez las esperanzas,
y no atendiendo á los mandatos mios
arrojáronse todos á las lanchas.
Estas flotando en las violentas olas
cual hoja seca que huracan arrastra,
se innundaron al fin; la mar rugia,
y á sus víctimas tristes inmolaba.
En esta situacion tan angustiosa
en mi mente afanosa miro á Clara:
y asiendome á un madero, fuí impelido
del mar inquieto en la corriente rápida.
Ya pensaba morir, porque las fuerzas
en tan tremenda lucha me faltaban,
cuando el madero que me arrastra, siento
que en arena finísima se vara.
Al fin tierra pisé: la frente mia
al cielo levanté: le dí las gracias;
y llorando despues caí de hinojos,
elevándole humilde mi plegaria!

AME. El cielo le salvó, pobre Fernando!

FER. A la tormenta sucedió la calma,
y un buque apareció; lo distinguia
aunque era respetable la distancia.
Juzgad de mi placer cuando á su bordo
vi hacer una señal, y que las lanchas
al momento con varios marineros
con presteza veloz votan al agua!
Al cabo al buque fuí, y encontré abordo
á mi pobre Pascual, que ya se ahogaba
cuando al pasar la nave le encontraron
próximo á sucumbir en una tabla.
Alli nos abrazamos, y al instante

del capitan nos llevan á la cámara,
donde todo el placer que antes tuvimos
trocose luego en pena mas amarga;
pues aquel capitan que alli encontramos
era un hombre feroz: era un pirata.

AME. Fatalidad crüel os perseguia!

FER. Oyome referir con mucha calma
aquel hombre fatal mi desventura,
y contestome luego se alegraba
de que fuese piloto, pues queria
que su buque de entonces gobernara.
Yo asombrado le oí; díjome luego
con alarde feroz que era pirata,
y que el destino decretó sin duda
que en su carrera vil le acompañara.

AME. Le acompañasteis vos?

FER. Dos años.

AME. (*Con horror.*) Cielos!

FER. No se encuentran mis manos aun manchadas
con sangre, amiga mia; no fuí nunca
confidente fatal de sus infamias.
Mostrándole aquel dia resistencia
y el horror que su suerte me inspiraba,
me dijo al fin: «Pues bien, rige mi nave;
no exigiré de tí que en las jornadas
nos ayudes; no, no; que serás solo
el piloto, y no mas; tendrás tu paga;
y si te niegas, pasto de los peces
serás por esa necia repugnancia.»
Acepté por vivir aquel destino,
pero la paga no, que era robada;
y dos años pasé de aquella suerte,
escenas presenciando que espantaban.
«Escapemos, piloto, á todo trapo,
me dijo el capitan una mañana;
aquellos buques veis que se divisan
apenas hácia allá por lontananza?
pues son los dos de guerra y nos persiguen.»
Las velas se soltaron, y en volandas
parecia que iba nuestro barco
con su cortante quilla abriendo el agua.
Mas veleros los dos buques de guerra,
por momentos mas cerca se miraban;
y ya puestos á tiro los cañones
empezaron al punto á lanzar balas.

Comenzose el combate; yo vi entonces
el valor arrogante del pirata;
pero estando mas cerca el enemigo,
nos hace con acierto una descarga
de palanqueta, y ya desarbolados
quedamos y perdidos; mas con rabia
el capitan cogiéndose á una mecha
se encamina veloz á Santa Bárbara,
diciendo que volar la nave quiere
primero que rendirse y entregarla.
Un marinero que temió el suceso,
á traicion le pegó una puñalada,
y el capitan cayó; los enemigos
vencedores al fin nos apresaban,
y el capitan entonces espirando
que somos inocentes les declara
Pascual y yo...

AME. Seguid vuestro relato,
seguidlo, buen Fernando.

FER. Pronto acaba.
Ingleses eran sí los vencedores;
á todos los piratas los amarran,
y nos pasan á uno de sus buques.
Con gran delicadeza á mí me tratan;
y á remolque llevando nuestro casco
para Lóndres empréndese la marcha.

AME. Y allí qué sucedió?

FER. Que en el momento
á aquellos criminales forman causa,
y como ser los dos allí inocentes
todos sin vacilar lo declaraban,
nos dan la libertad; y yo al momento
pensé en volver á mi querida patria.
En medio de aquel cúmulo terrible
de desdichas crüeles y desgracias,
solo aliento me dió para sufrirlas
el recuerdo continuo de mi Clara:
yo pensaba en su amor, en sus promesas,
solo por ella conservar ansiaba
esta vida fatal; llego á este sitio;
recibo un desengaño que me mata!
Al marqués me presumo que conozco:
tengo cuentas con él y hay que arreglarlas;
y supuesto que Clara y ese hombre
me arrebatan mi última esperanza,

pues hoy mismo, quizás en este sitio,
se firman los contratos, y se casan;
me resta en este mundo solamente
una deuda cobrar y mi venganza!

AME. Sed por piedad, Fernando, generoso...!
La posicion advierta de mi hermana,
á quien mandaba un padre moribundo...

FER. No la perdono!
(Pascual se acerca apresurado indicando que viene gente.)
Qué te sobresalta?
(Hace señas Pascual.)
Te comprendo sí, sí, se acerca alguno;
Amelia, aqui me escondo.
(Señala la puerta de la derecha.)

AME. Esa es mi estancia!

FER. Ya se acercan, Pascual, aqui conmigo.

AME. Si le vieran ahí...

FER. No tema nada.

ESCENA VIII.

AMELIA.

Qué irá á suceder? Dios mio!
El marqués... alli Fernando...
mi pecho está presagiando
un pesar... oh! desvario...!
Sueño solo me parece
lo que miro y lo que toco...!
Fernando se vuelve loco
pues su esperanza perece.

ESCENA IX.

El Marques, *el notario, los testigos por el foro, derecha: el notario se dirige á la mesa al momento.* Clara *por la puerta de la izquierda.*

Cla. A qué buen tiempo has venido!
yo me acabo de vestir
en este instante.
Mar. Es decir
que estuvo algo entretenido
tu tocado; pues tardé,
porque al ir por el notario
se hallaba con el vicario,
y en casa no le encontré.
Y esta ha sido la ocasion
de que mas tras él andara,
y de que tanto tardara.
Pero, Clara, en conclusion,
ya estamos todos aqui;
viene el contrato estendido,
y pronto, dueño querido,
terminaremos...
Cla. Oh! sí!
Vamos al punto.
Mar. A firmar.
Se han cumplido mis deseos.

ESCENA X.

Dichos, Fernando, *y* Pascual.

Mar. Soy dichoso.
Fer. (*Interponiéndose entre la mesa y ellos.*)
Deteneos!

(Todos se sorprenden.)

MAR. Y quién se atreve á intentar...?

CLA. Fernando...!! *(Aterrada.)*

AME. Cielos!

MAR. Qué miro...!

FER. Tenemos cuentas los dos.
Os acordais?
(Saca el papel que le firmó en el primer acto.)

MAR. Vive Dios...!
(Queriendo arrojarse á él.

FER. Tened...! Me debeis un tiro.
(Le apunta con una pistola. Sorpresa general.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

AMELIA *y* CLARA, *despues* FERNANDO.

AME. Considera, hermana mia,
si contra tan cruel destino
pudiera luchar Fernando
sin ser del todo vencido.
CLA. Con que es verdad? Con que yo
al retirar mi cariño
del hombre que en cuatro años
ausente estuvo, yo he sido
la inconsecuente, la infiel
al amor que nos tuvimos?
AME. Clara, sí.
CLA. Pero al saber
que me casaba, qué dijo?
AME. Lo que debes presumir:
para él tal noticia ha sido
como al que enseñan la vida
y lo arrojan al abismo.

El vino solo anhelando
pisar alegre estos sitios,
donde estaba la persona
que mandaba en su alvedrio.
Cuatro años de trabajos
de penas y de martirios,
esperaban recompensa
en aquel momento mismo
en que llegando á tus plantas
con su amor enardecido,
su amada le recibiera
con muestras de regocijo.
Pero el cruel desengaño
que recibió cuando vino
en lugar de aquellas pruebas
que esperaba de cariño,
mataron sus esperanzas
y quedose helado, frio!

CLA. Pobre Fernando...!

AME. Tú sola
eras su bien...! Mas su sino
desgraciado por demas...

CLA. Amelia! Yo me horrorizo
al pensar los crueles males
que ese hombre ha padecido
por mi causa. Mi conciencia
me dice con fuertes gritos,
que dos hombres, desgraciados
por mi variedad han sido.
A Fernando compadezco;
el marqués tambien es digno
de mi piedad; tanto tiempo
me adoró el triste rendido,
que al corresponder su amor
se juzgó en el paraiso:
y un desengaño en el dia
que anhelaba con ahinco
por su bien, será partir
un corazon que es muy digno
de mi amor; Fernando nunca
podrá ser feliz conmigo,
porque su amorosa llama
en ceniza he convertido;
considera mi ansiedad
y mi terrible suplicio

cuando media entre los dos
esa deuda ó compromiso;
cuando del marqués la vida
está sujeta al capricho
del rival desesperado
que ausente dí yo al olvido.

AME. No sé en verdad, Clara mia,
de todo este laberinto
lo que podrá resultar:
yo tiemblo de los designios
que abriga en su corazon
el implacable marino.

CLA. Desde esta fatal mañana
ni al uno ni al otro he visto;
á los dos quisiera verlos
y lo temo á un tiempo mismo;
desesperado el marqués;
celoso Fernando, altivo,
tiemblo oir sus espresiones:
que nunca los labios mios
pudieran disculpa darle
que entibiara su delirio.

AME. Quién sabe...? Noble es el pecho
del hombre que enfurecido
tanto temes; tal vez puedan
tus palabras...

CLA. No imagino
alcanzar nada con él;
esta mañana me ha dicho
que anhela tomar venganza
del marqués y de mi olvido,
y sus miradas me han dado
de su furia claro indicio.
Amelia, qué desgraciada
en este mundo he nacido!

AME. Esas lágrimas enjuga;
puede que Fernando mismo
asi que pase algun tiempo
y recobre su buen juicio,
considere que vengarse
no es de un pecho noble, digno,
y perdone y se retire
para siempre de estos sitios.

CLA. Y en tanto, cuántos pesares
le esperan al pecho mio!

FER. *(Dentro.)* Si acaso viene el marqués
me das al momento aviso.
AME. Fernando!
CLA. Cielos! *(Va á irse.)*
AME. Espera!
CLA. No, Amelia! Yo me retiro.
AME. Ya está ahí!
FER. *(Saliendo.)* Tengo que hablarla.
(A Amelia por Clara.)
CLA. Protégeme tú, Dios mio!
(Vase Amelia.)
FER. No fuera tan desgraciado
(Viendo marchar á Amelia.)
ni tan infernal mi sino,
si el alma que tiene Amelia
hubiese Clara tenido.

ESCENA II.

FERNANDO *y* CLARA.

FER. *(Llegando á Clara.)*
Por qué de esa manera avergonzada
os retirais de mí cuando aparezco?
acaso no merezco
ni de piedad siquiera una mirada?
CLA. Fernando...! Compasion...!
FER. Feliz un dia
escuché por desgracia un juramento;
y loco, enajenado de alegria,
en su sinceridad aquel momento
estasiado de amor, necio, creia...!
Qué fué de tu promesa?
qué de tu amor profundo...?
Mas no debo estrañarlo, porque es esa
la fe que se conserva en este mundo.
Si en este pecho un corazon abrigo
de constancia y amor sin par modelo;
si otro pecho buscaba
que amase como el mio,
necio fué mi desvelo;

conozco con pesar que yo soñaba;
que era tanto aspirar un desvario;
capaces de abrigar mi amor profundo
hay pocos corazones en el mundo.

CLA. Fernando, con razon de mí te quejas;
confieso con dolor que soy culpada;
pero mi infiel destino
mi fortuna malvada,
de olvidarte pusiéronme en camino.
Cuatro años te esperé; cuatro años sola,
sin noticias tener de tí, Fernando,
me hicieron ya perder las esperanzas;
y tu ausencia funesta deplorando,
aqui pasé gran pena y agonia
porque noticias tuyas no tenia.

FER. Y como hallar consuelo á tu martirio
era tan solo, Clara, tu deseo,
para olvidar las penas que sufrias
le buscaste en la antorcha de himeneo.

CLA. Un padre moribundo
severo lo mandó en su última hora.
Qué querias que hiciera
en medio de sufrir dolor profundo,
si la suerte contigo fué traidora?
supe yo tu silencio por qué fuera?
yo muerto te lloraba:
y de cumplir traté entre duelo tanto
del triste padre el mandamiento santo.

FER. Calla, calla, mujer, y su memoria
no ofendas con mentira tan villana:
tu padre, que de Dios esté en la gloria,
al tiempo de morir mandó sin duda
ese enlace en que luego consentiste;
te quedaste al oirlo yerta, muda,
pues su mandato sentiste:
y entonces no pensaste obedecerle
porque mi amor ardiente recordabas.
Pero el tiempo pasó; el marqués constante
interesó tu pecho, y llegó el dia
en que del pobre ausente te olvidabas.
Y esa tu variedad y tu falsia
pensaste disculpar contigo misma,
y achacarla quisiste, y bien me fundo,
al mandato de un padre moribundo.

CLA. Mas considera...

FER. Nada!
comprendo que mi amor, grande, sublime,
fué vendido, engañado!
desgarrando, señora, al mismo tiempo
mi pobre corazon que en duelo gime.
Qué un padre lo mandó! Si un amor puro,
ardiente como aquel que halló aqui aliento,
tú sintieras por mi, ten por seguro
que no acataras, no, tal mandamiento.
Si en medio la borrasca asoladora,
cuando juguete de las olas bravas
pensaba sucumbir, el cielo mismo
ordenado me hubiese á mi, señora,
que olvidase mi amor y viviria,
de la mar sucumbiera en el abismo
pereciendo por tí con alegria.
Si mi padre del cielo donde mora
se hubiese ante mi vista aparecido
y ansioso me ordenara
que amase á otra mujer, yo contestara
que tu imágen que aqui se habia esculpido;
primero de mi pecho la arrancara,
que antes que renunciar á tu memoria
renunciara á la vida y á la gloria.

CLA. Y qué me resta hacer? Cómo pudiera
enmendar el error que he cometido?

FER. Enmedar ese error...! de qué manera?
Si acaso á un desgraciado
yo sin piedad clavara
en medio el corazon hierro acerado;
despues esta maldad, cómo enmendara?
Errores hay que enmienda no permiten,
y este sin duda es uno;
la dicha de mi vida, mi reposo,
la paz del corazon y la alegria,
todo en fin lo perdí; pues que un esposo
que no era yo tu pecho ya elegia;
todo esa idea lo destruye, todo:
mi placer al llegar, mis ilusiones;
y pues me haces perder y de ese modo
con mi dicha y mi amor toda esperanza,
me resta solamente la venganza!

CLA. Venganza nada mas?

FER. Eso tan solo.

CLA. Es digno de almas grandes cual la tuya

ofensas perdonar.

FER. Seguramente;
la perfidia perdónase y el dolo
si un rayo de esperanza á nuestra mente
se puede presentar; mas cuando veo
que no puedo en el mundo
gozar paz ni alegria;
y mientras sufro yo dolor profundo
y perezco entregado á mi agonia,
otro hombre mas feliz vuela á tus brazos:
que mientras dudo de la fe y reniego,
otro unido contigo en dulces lazos
goza á la par que á mi dolor me entrego;
no puedo perdonar!

CLA. No? pues, Fernando,
yo sola sufra el peso de tu ira,
y piensa que el marqués es inocente.

FER. Tú intercedes por él...! Asi... llorando!
que es inocente dices... no! mentira!
Tu sabes como fué el conocimiento
que hice con él? Cuando por vez primera
delante de mi vista aparecia,
su anhelo fué matarme; un reto á muerte
conmigo provocó con osadia;
entonces admití; tuvé mas suerte:
él su pistola disparó en mi pecho,
mas le tocó tirar con la vacia.
Si alli entonces la suerte no me abona
sin remedio sucumbo,
y al tocarme la vez, nada hice, Clara,
mi nobleza la vida le perdona;
mas no quiso debérmela, insensato!
y pidió le matara; yo no quise,
pues tuve compasion de su arrebato:
anheló fuese deuda, y facultome
á cobrarla en la hora que quisiera.
Entonces me ausenté; vuelvo, y le hallo
dueño de la mujer que mi alma entera
dominaba cual rey á su vasallo.
El me ha dado una muerte que es horrible!
una muerte moral; pero el derecho
yo tengo de cobrar la antigua deuda,
y con mi bala pasaré su pecho.

CLA. Y no perdonarás?

FER. De ningun modo

y no adelantas nada si suplicas,
que por vengarme estoy resuelto á todo!

CLA. Por Dios...!

FER. Si dable fuera
que mi madre adorada
saliendo del sepulcro donde mora,
otra vez en el mundo apareciera
á pedirme por él, sin lograr nada
á la tumba de nuevo volvería,
porque al marqués sin duda mataría!
(Fernando va á marcharse.)

CLA. Fernando! una palabra!

FER. No, ninguna!

CLA. Escucha á la culpable arrepentida!

FER. Basta, Clara, y adios!

CLA. Mi error conozco,
y te pido perdon.

FER. Para tu amante.

CLA. Ay...!

FER. No calma la pena de mi vida
ese arrepentimiento que es tardio!
Adios, señora!

CLA. Adios! Ya no hay remedio;
hoy pruebas tu valor, corazon mio!
(Vase por la puerta de la izquierda.)
(Fernando, que se ha detenido al foro al verla marchar, baja á la escena.)

ESCENA III.

FERNANDO.

Sus esperanzas fundó
mi pecho en mujer hermosa,
y me encuentro que alevosa
al marqués correspondió.
Yo la tuve idolatría;
confiaba en su querer...
Mas quién, insensato, fia
en la mujer!

En la tierra y en el mar;
en la borrasca y tormenta,
mi loco amor se acrecienta:
hice mal en confiar...
porque quien causa mas daños
y nos hace recoger
cosecha de desengaños,
es la mujer!
Cuatro años que han pasado
en tanto que estuve ausente,
para borrar de su mente
de mí el recuerdo, han bastado.
Mas tan grande alevosia
no me debe sorprender;
por qué estraño su falsia,
si es mujer!
Fuí un necio confiado;
y puesto que sin razon
á mi pobre corazon
de este modo han lacerado;
pues ya no espero en la tierra
gozar de dicha y placer,
desde ahora le juro guerra
á la mujer!

ESCENA IV.

FERNANDO *y* PASCUAL.

(Pascual sale y llegando al lado de Fernando le indica por señas que ha parado un coche á la puerta; que ha bajado el Marqués con un lacayo, el cual le ha dado un par de pistolas en el portal, y que sube.)

FER. Viene armado?
(Pascual indica que sí.)
FER. Lo celebro.
(Pascual menea la cabeza con desconfianza.)
FER. No temas nada Pascual.
Toma, guarda ese papel;

el pagaré singular,
y hasta que yo te lo pida
á nadie lo des jamás.
Si el marqués arrebatado
me llegare á asesinar,
á tí te encargo del cobro.
(*Pascual indica que matará al Marqués en tal caso.*)

FER. Retírate, que aqui está.

ESCENA V.

FERNANDO *y el* MARQUES.

(*Pascual al marcharse se encuentra con él, y le cede el paso: el Marqués y Fernando se contemplan en silencio.*

FER. Adelante, bien podeis
visitarla mientras viva.

MAR. Su bondad es escesiva,
merced muy grande me haceis.
Y pues quiere mi destino
que su presencia fatal
siempre presagie mi mal
y siempre esté en mi camino,
obraré yo de manera
antes que baje á la tumba,
que el genio del mal sucumba
cuando menos se lo espera.

FER. Débil hallo en la partida
al que tales humos tiene,
y aqui amenazando viene
sin ser dueño de su vida.

MAR. Como noble y caballero,
confieso la deuda mia:
no hallará en mí cobardia,
dispare el tiro certero.
Porque si llega á faltar,
caballero, yo le fio
que tendrá otro desafio
entre nosotros lugar.
Que si antes la fortuna

le protegió; muy bien puede
suceder que no le quede
aqui ventaja ninguna.
Y pues vé que mi altivez
ni aun esa deuda le abate,
le suplico que me mate,
y acabemos de una vez.

FER. Con cobardes, no por Dios,
no piense que lo confundo,
y sé tambien que en el mundo
ya no cabemos los dos.
Pero antes que disparar
como á ello tengo derecho
una pistola á su pecho,
como me quiero vengar
de la terrible impresion
que al llegar he recibido,
pues me dieron al olvido
con infundada razon;
gozar quiero en el dolor
de su corazon, marqués,
para matarle despues
de saciado mi rencor.
Me encuentra aqui en su camino
segun dice, y mucho estraño
que quien causa tanto daño
se queje de su destino.
El amor llegué á alcanzar
de Clara, que era mi eden:
y quién vino entonces, quién,
mi ventura á emponzoñar?
Quién el duelo provocó
que me ha hecho á mi venida
el árbitro de su vida?
Quién ha sido?

MAR. Solo yo.
No receleis que lo niegue;
ni estrañe en esta ocasion
que en tan triste posicion
todo por el todo juegue.
Y le juro que será
el tiempo de mi agonia
muy corto; la vida mia
le debo, y la cobrará;
pero será en el momento,

porque á ello le obligaré;
que sea no consentiré
su diversion mi tormento.

FER. La deuda no tiene plazo;
y hasta que á mí me convenga,
no espereis que yo me avenga
á cobrar ese balazo.
Pues quiero, por vida mia,
gozarme en su padecer,
y de esa ingrata mujer
prolongar mas la agonia.
Porque no tengo esperanza
de vivir de hoy mas amado,
en tan miserable estado
me consuela la venganza.
Tengo valor...

MAR. Necio alarde
hace de él, cuando abusa
de su ventaja, y rehusa
otro duelo por cobarde.

FER. Sin causa en otra ocasion
esperé con sangre fria
la bala que deberia
traspasar mi corazon;
me favoreció la suerte,
por eso no sucumbí;
sabe bien que no temí
cuando pudo darme muerte.
Y si cobarde me llama
y llama á mi alarde necio,
ese insulto lo desprecio;
conteste por mí la fama.
Que nunca podrá temblar
de un hombre al feroz embate,
el que impávido combate
con los vientos y la mar.
El instrumento hais de ser,
pues que por vos me olvidó,
para que me vengue yo
de esa perjura mujer.
Gota á gota ha de apurar
la amarga hiel que la ofrezco;
porque, marqués, la aborrezco
cuanto la pude adorar.

MAR. Y yo la defenderé.

Supuesto que no hallo medio
de dar á su mal remedio,
por todo atropellaré;
pues ya mi esperanza sola
consiste en salvar á Clara;
mi ardiente amor no repara,
y me valdrá esta pistola.
(Sacándola.)

FER. Confiado en mi destino
la muerte de vos no espero;
que no puede un caballero
trasformarse en asesino.

MAR. Oh...! no...! *(Retirando la pistola.)*

FER. Lo comprendo bien.

MAR. Batirse sí!

FER. Qué! Estais loco?
lo que es conmigo, tampoco;
de la fortuna un vaiven
le detiene.

MAR. Nuevo giro
tomará, porque de vos
me defenderé.

FER. Por Dios!
Despues que yo cobre un tiro.

MAR. Pues bien, disparadlo ya!

FER. Si no es tiempo todavia.

MAR. Entonces...

FER. Mas sangre fria,
que todo se acabará.
Aproveche la ocasion
para hablar con su adorada;
que está la triste angustiada.
Yo estoy en observacion.

ESCENA VI.

El MARQUES.

Ese hombre me domina
á la par que me enardece;
y cuando hácia mí se inclina

su mirada me fascina
y mi cerebro enloquece.
El lazo que me une á él
muy bien romperlo podria,
y arrancarle ese papel;
pero á mi palabra infiel
obrara con villania.
Estaba desesperado
cuando tal pude escribir;
y viéndome despreciado
de Clara, quise arrojado
por tanto desden morir.
Y cuando ya mi esperanza
esperaba ver cumplida,
ese hombre hasta aqui se lanza
sediento de la venganza
á reclamarme la vida.
Y gozará en el tormento
de mi Clara; de esa suerte
prolongará el sentimiento,
hasta que llegue el momento
en que quiera darme muerte.
No...! no será! lo aseguro:
su llanto yo no veré;
si ese hombre como procuro
tardara en matarme, juro
que la muerte me daré.
No puedo en esta jornada,
sin ser á mi fe traidor
y á mi firma asi empeñada,
llevarle ventaja en nada,
ni contrariar su rencor.
Y supuesto que el pesar
que Clara debe sentir
él pretende prolongar,
para el tormento abreviar
yo debo al punto morir.

ESCENA VII.

El Marques, Clara *y* Amelia.

Cla. Oh! Carlos!
Ame. Adónde vais?
Mar. No lo sé.
Ame. Marqués...!
Mar. Lo juro.
Cla. Qué terrible situacion!
Mar. La suerte asi lo dispuso;
y puesto que ese hombre quiere
que yo descienda al sepulcro,
porque cumplo caballero
lo que pude en un impulso
de mi desesperacion
haber firmado, renuncio
de una vez á mi existir;
pues que no tuve en el mundo
mas que dolor y amargura;
solo desastres y luto.
Cla. Oh! desdichada de mí!
que el cielo quizá dispuso
que yo el instrumento sea
y cause estos males últimos!
Yo tambien debo morir.
Mar. No, Clara; yo no te culpo!
Ame. No perded las esperanzas,
que pienso que no es de estuco
el corazon de Fernando:
y mientras se está en el mundo
la esperanza no se pierde;
acaso cambien de rumbo
los sucesos.
Cla. Puede haber
un remedio, solo uno.
Si yo á las autoridades
tu deuda fatal denuncio,
sin duda que estorbarán
tu muerte.

MAR. Seré un perjuro
y un cobarde si permito
des ese paso; renuncio
de esa manera á vivir.
No quiero que hombre ninguno
pueda llamarme cobarde,
ni diga que yo rehuso
cumplir como caballero
mis palabras; y si el duro
corazon de ese marino
no siente nobles impulsos;
si como espero me mata,
verá en mis momentos últimos,
que sin murmurar mi labio
sola una queja, sucumbo.

AME. Yo le hablaré.

CLA. Será en vano.
Yo lo hice, y me repuso
que no teniendo ilusiones
ni esperando en este mundo
mas amor que su venganza,
no perdona.

AME. Yo discurro
solo un medio; ya veré
si fuerza y valor reuno
para hacerle variar.

CLA. De qué modo?

AME. Eso lo oculto;
à él lo diré solamente.
Tened valor.

MAR. Lo procuro.

CLA. Vengarse de mí ha jurado.

MAR. De tí? Pues bien! Yo te juro
que en mí tendrás, Clara mia,
á su pesar un escudo;
mi vida, mis esperanzas
y mis bienes, todo es tuyo.

ESCENA VIII.

Dichos y FERNANDO.

FER. Ha ofrecido demasiado
á Clara el señor marqués.
CLA. Fernando!
AME. Gran Dios!
MAR. Despues
lo veremos, Alvarado.
FER. A la verdad que me admiro
que asi en su favor arguya.
Si esa vida ya no es suya!
MAR. Que no?
FER. Me debeis un tiro.
(*Enseñándole el papel del primer acto. Sorpresa de horror de los tres.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

Acto cuarto.

El jardin del acto primero: en la puerta derecha un farol encendido.

ESCENA PRIMERA.

CLARA *y el* MARQUES.

CLA. Amelia tiene pensado
un medio para ella sola
variar la suerte impia
que hace poco nos acosa;
no me quiere revelar
cual es, pues dice que importa
no se sepa, hasta si acaso
lo que se propone logra.
MAR. Quiéralo Dios!
CLA. Si querrá!
No sé porque se alboroza
este pobre corazon,
y una esperanza remota
por el proyecto de Amelia
abriga mi mente loca.
MAR. Necia esperanza!

CLA. Por qué?
no me desanimes.
MAR. Oiga
el cielo mi grande afan.
CLA. Si marcha á tierras remotas
Fernando otra vez, concluyen
las penas que nos agovian.
MAR. Y felices no seremos,
porque fija en tu memoria
su noble accion quedará;
y aquella pasion fogosa
que por él sentiste un tiempo,
acaso en tu pecho brota
con mas fuerza, sustentada
por la gratitud.
CLA. Me asombra
que desconfies asi;
este corazon te adora,
y mientras su fuego aliente
no puedo alimentar otra
pasion. Nada temas, Carlos;
cierto estuve pesarosa
cuando le ví aparecer,
y que la desgracia sola
pudo impedirle venir
para llamarme su esposa.
Sí, sentí remordimientos:
compadecí la zozobra
de aquel firme corazon
que en las regiones ignotas
grabada tuvo por siempre
mi imágen: sentí la honda
llaga que por el pesar
en su corazon se encona,
pero al par tambien sentia
el dolor que te devora.
Consideraba el contraste
de la dicha que trastorna
poco antes tus sentidos,
y las lágrimas que lloran
tus ojos, porque la vida
con tanta dicha te roban;
para él era mi piedad;
pero tuya mi alma toda!
MAR. Bendita seas mujer!

pues tu voz consoladora
un bálsamo en mí derrama,
y la angustia que me ahoga
trueca en placer; pues si al cabo
Amelia de él nada logra,
y usando de su derecho
descarga en mí una pistola,
despues de haberte escuchado
el morir nada me importa!

CLA. Si mueres te seguiré:
pues que soy la causa sola
de tu desdicha, es muy justo
que te acompañe á la fosa.

MAR. Clara mia!

CLA. Qué terribles
pasara, mi bien, las horas
recordando tu destino
y tu muerte desastrosa!
Lágrimas me faltarian,
y vertiera gota á gota
por mis ojos roja sangre
que del corazon rebosa,
hasta que á la tumba fria
con tu amor y tu memoria,
me llevaran mi recuerdos
y mi pena asoladora!

MAR. Y unidos en la otra vida,
pues Dios nos dice que hay otra,
no una dicha terrenal
donde el placer emponzoña
la malicia; sí una dicha
duradera, deliciosa,
tranquilos disfrutaremos,
do el Eterno, aquel que adora
nuestro corazon cristiano,
presidirá en su carroza;
alli será el himeneo
que en el mundo nos estorban;
y de jazmines tejida
de mirtos y blancas rosas,
los ángeles, Clara mia,
te ceñirán la corona.

ESCENA II.

Dichos y Amelia.

Ame. Mas sin duda es preferible
que en el mundo se la ciñan,
sino los ángeles puros
que en el alto cielo habitan,
las manos aunque mortales
de una hermana qne la estima.
Cla. Amelia!
Mar. Nuestro ángel bueno!
Ame. Sabed que he dado una cita
para este mismo jardin
á Fernando, y se aproxima
la hora; vuestra esperanza
depende de esta entrevista.
Cla. Ay Dios...!
Mar. Con todo recelo...
mas decid, en qué se cifra...?
Ame. He dicho que es mi secreto:
pero, hermana, te suplica
mi corazon, que conozcas
que anhelo calmar las iras
de Fernando, por tu bien,
y que en esta noche misma
el paso que voy á dar
mi amor propio sacrifica.
Cla. Pues acaso...
Ame. Nada indigno
del nombre que mi familia
ha llevado temer puedas;
y espero, Clara querida,
que nunca acriminarás
que quiera labrar tu dicha.
Cla. Yo acriminarte jamás;
mas me dejas sorprendida.
Ya sé no cabe en tu mente
idea de tu honor indigna;
mas con todo tus palabras

en grandes dudas me abisman.

AME. Ni dudes ni temas nada,
y en mi discrecion confia.

MAR. Presumo que será en vano
todo cuanto se imagina.

AME. No obstante, dejadme sola;
que pronto esa puertecilla
se abrirá, para dar paso
al hombre que nos contrista,
y de quien con todo espero
que al bien por fin se decida.

MAR. No sé yo...

AME. Dejadme ya.

CLA. Vámonos, Carlos, arriba,
que quizá Dios á mi hermana
en este momento inspira.

ESCENA III.

AMELIA.

El cielo ó mi corazon
quizá á este paso me impele:
yo jamás lo intentaria;
pero mi pecho se atreve,
porque la vergüenza acaso
que este paso darme debe,
puede tal vez impedir
que sea desdichada siempre
la hermana que ahora Fernando
desesperado aborrece;
la que antes era su bien,
en la que cifró su suerte.
Y tengo de confesarle...
si á perdonar no le mueve
lo que le diga, y tampoco
por ello feliz se cree;
si mi amor propio rebaja,
cómo alzaré yo la frente
donde ninguno me vea?
Apuraré hasta las heces

el cáliz de la amargura;
y si dice alguna gente
que por el amor guiada
que en mi corazon acrece
he citado aqui á Fernando,
al mundo diré que miente.
Que aqui en mi pecho encerrado
mi amor estuviera siempre,
sellando el fatal secreto
con su silencio la muerte.
Pero ruido en la puerta
por donde vendrá se siente:
un momento me retiro
que mejor es que él me espere.

ESCENA IV.

FERNANDO.

He aqui el sitio donde Clara
en otro tiempo dichoso
me citaba, y yo amoroso
por verla hasta aqui venia.
Y con palabras amantes
la pintaba mis amores,
sin pensar los sinsabores
que su pasion me daria.
Testigos de nuestro amor
los árboles, ese asiento,
que oyeron el juramento
que hiciera en este jardin.
Quién diria que olvidado
por esa mujer hermosa,
que juró aqui ser mi esposa,
hubiera de verme al fin!
Pero todo ha concluido:
mi corazon lacerado
olvidará mal su grado
á la que asi le vendió.
Oh! sí...! arrancaré del pecho
sin que me detenga nada,

la imágen idolatrada
que con fuego se esculpió.
Pero Amelia me ha citado,
y para qué, no comprendo:
por mi causa está sufriendo;
dichosa debiera ser...
Porque es candorosa y bella
y modelo de dulzura:
quizá como ella, tan pura,
no se encuentre otra mujer.

ESCENA V.

FERNANDO *y* AMELIA.

AME. Fernando!
FER. Ya estoy aqui;
pues me habeis llamado, y vengo
hasta donde, pesia á mí,
de amoroso frenesí
tan tristes recuerdos tengo.
Pero en fin, qué me queria
en este sitio?
AME. Señor,
por mi fe, no pretendia
que por esta cita mia
se aumentara su dolor.
Si para aqui le cité,
juro á Dios y á mi conciencia
que renovar no pensé
sus pesares, y pequé
por mi torpe inadvertencia.
FER. Es falta que le perdono,
pues como hermana la quiero
y anhelara darla un trono;
á Clara guardo el encono:
á Amelia estimo y venero.
AME. Yo querria...
FER. Lo sospecho;
si me viene á suplicar
que perdone mi derecho

de al marqués pasar el pecho,
no lo puedo renunciar.

AME. Presumo que hareis muy bien;
no exigiré yo tal cosa;
quién puede negarle, quién,
la razon? Pero tambien...
En fin, pretendo oficiosa,
pues siento de usté el pesar,
si pudiera ser dichoso
de algun modo averiguar,
porque le quisiera dar
felicidad y reposo.

FER. Felicidad! No la espero,
ni alcanzarla me imagino,
ni vivir de hoy mas ya quiero:
del abismo en el sendero
me coloca mi destino.
Qué ventura hay para mí
de hoy mas que posible sea?
Por qué vivo? A qué nací?
la venganza espero aqui
que mi pecho la desea.
Pero dicha me dará?
no puede ser; lo comprendo,
y mi pecho sufrirá
y al cabo sucumbirá
de ilusiones careciendo!
Y pues cesó mi ventura
y no podré resistir
mi desgracia y amargura,
en tan triste desventura
me resta solo morir...!

AME. No injusto con el destino
se muestre de esa manera,
Fernando, porque imagino
que usted la dicha tuviera
buscando de ella el camino.

FER. Y qué camino buscar
si estoy abrumado asi?
Dónde ventura he de hallar
si yo la quiero encontrar
y huye ligera de mí?

AME. Pero dónde habeis buscado
hasta ahora la ventura?
porque una le ha faltado

se piensa que es acertado
buscarla en la sepultura?
Si un rostro afable, divino,
en su pecho se grabó;
si tardando en el camino,
su amada de aquel marino
que la amaba se olvidó:
por eso no puede haber
para vos en este mundo
mas ventura, mas placer?
solo queda el padecer
sumido en dolor profundo?
Si mirais en derredor
podreis hallar á fe mia,
ahuyentando su dolor,
quizá un verdadero amor,
tranquilidad y alegria.
Siempre viviendo en el mar,
la primera sensacion
que pudo esperimentar
fué ese amor, y á no dudar,
es vírgen su corazon.
Por eso al primer revés
de la fortuna se humilla,
el que irá poco despues
á domar bajo sus piés
al mar, sobre débil quilla?
Tened, amigo, valor;
no á todas juzgueis por una:
en otra ponga su amor,
porque tambien el furor
se cansa de la fortuna!

FER. Amelia, yo la adoré;
y mis primeros amores
desechados los miré:
mi triste corazon fué
sumergido en mil dolores.
Y pues que ya de esta vida
nada puedo disfrutar,
una nave me convida:
iré á su bordo en seguida
para morir en en el mar.

AME. *(Con timidez.)*
Y no pudiera existir
en el mundo una mujer

que quiera alegre partir
su dicha y su padecer,
con vos gozar y sufrir?
Una mujer que os mirara
cifrando su dicha en vos
como al ídolo que amara,
como al bien que deseara,
como á su mundo y su Dios!
Y si ella conociera
ese corazon sensible;
si hacerle feliz quisiera
y amorosa le ofreciera
su pasion inestinguible.
Si ella, triste, enamorada,
llena el alma de dolor,
demandase una mirada
á esos piés arrodillada...
desechárais vos su amor?

FER. Es imposible! No...!

AME. Qué?

FER. Que no puede alimentar
ninguna por mí...

AME. No sé...
la razon...

FER. No encontraré
quien asi me pueda amar.
Esa ventura no existe
en el mundo para mí:
la esperanza que perdí
no vuelve á mi seno triste;
no vuelve á posarse aqui.
No es posible que existir
pueda nunca una mujer
que quiera á la par partir
mi dicha y mi padecer,
y mi gozar, mi sufrir.
Si una acaso me mirara
cual dijisteis ahora vos;
como al ídolo que amara,
como al bien que deseara,
como á su mundo y su Dios,
al punto yo acogeria
su pasion abrasadora,
y tornara en alegria
este pesar, que devora

sin piedad el alma mia.

(La turbacion de Amelia debe ir creciendo hasta que pueda Fernando comprender por ella de quien es amado.)

Dónde está la enamorada
que sumida en el dolor
me demanda una mirada...?
Amelia...! Estais tan turbada...!
(*Pausa.*)
Sentis acaso ese amor...?

AME. Fernando!

FER. Comprendo. Ven!
ten en mi seno un abrigo.
Oh! necio...! no vi el eden,
no ví el soberano bien
que Dios me daba contigo!

AME. Sí, sí! mi pasion ardiente
no la debeis estrañar;
este fuego tan vehemente
no se ha podido alentar
en mi seno de repente!
Yo, Fernando conocí
ha tiempo su corazon;
que era grande y noble ví;
pero en silencio sufrí
por imperiosa razon.
Dichoso vi se juzgaba
porque Clara le queria,
y yo me sacrificaba;
sus amores ayudaba
porque ella es hermana mia!
Despues, de aqui se ausentó:
y mientras estuvo ausente,
ni un momento se olvidó
su recuerdo de mi mente,
porque... le adoraba yo!

FER. Y yo tambien te queria;
pero no te cause enojos
si de otra dama advertia
la belleza de sus ojos,
porque tu amor no sabia.
Como amigo yo pensaba
que Amelia me contemplaba;
pero no tuve razon,
en no ver que una pasion

en tu pecho fermentaba.
Oh! consuelo de mi vida...!
ya recobro mi reposo
y la dicha apetecida;
pues la suerte me convida!
abraza! abraza á tu esposo!

AME. *(Abrazándole.)*
Es cierto! es cierto, Dios mio...!
Suprema felicidad...!

FER. Cesó mi destino impio,
y á tí, hechicera beldad,
mi corazon te confio!

AME. Y yo le admito gozosa,
procurando conservarle:
y primero que alevosa
venderle, siendo tu esposa
poco haré con adorarle.
Pero estamos en el dia
que nos vuelve á sonreir
la fortuna, y la alegria
llegamos á conseguir
huyendo la pena impia.
Es cierto, Fernando mio,
que tu noble corazon
con Clara no será impio,
y dueña de su albedrio
la dejas con tu perdon?

FER. Amelia...!

AME. Ya te comprendo:
al punto á buscarla voy
pues tu corazon leyendo
en este momento estoy;
y sé bien que no te ofendo.

ESCENA VI.

FERNANDO.

Qué opinas tú, corazon?
que tus pesares cesaron?
Una mujer desleal
te causó horrible quebranto,

y otra mujer inocente
en quien no hube reparado,
adoràndome en silencio
sufrió por mí cinco años.
Ella es bella, virtuosa;
ella en fin es un dechado,
y ella abriga un corazon
de mi corazon hermano!
Y yo, necio! lo buscaba
en otro pecho de mármol!
Supuesto que mi ventura
es imposible, bien hago
en dar á ese ángel la dicha
que yo he pretendido en vano.
Y si como ella me ama
con el tiempo no la amo,
al menos la haré feliz,
y asi su ternura pago.
Pero Clara y el marqués
de mí se estarán mofando,
cuando su muerte ó su vida
están sin duda en mi mano.
Aqui vienen; entereza
que en el trance nos hallamos.

ESCENA ULTIMA.

FERNANDO, CLARA, AMELIA *y el* MARQUES.

AME. Llegad sin miedo, llegad,
que ya cesó la desgracia.
CLA. Será cierto?
MAR. Siempre dudo.
AME. Tan noble y bella es su alma
que perdona.
MAR. Sí...?
CLA. Fernando...!
FER. Pongo en su noticia, Clara,
que voy á tomar estado
con mujer que me idolatra.
CLA. De eso yo...

FER. No he concluido.
Esa mujer es su hermana.
CLA. } Amelia!
MAR. }
FER. Amelia, señora;
pues por ventura lo estraña?
MAR. Y acaso se sacrifica...
FER. No, marqués, porque me ama.
AME. Y con mi mano, le doy
mi corazon.
FER. Cosa clara,
que yo no me he de casar
por fuerza, si no me amara.
AME. Y mi regalo de boda
es el perdon de mi hermana.
FER. En eso, Amelia querida,
estás muy equivocada.
Me falta cobrar mi deuda,
y completar mi venganza.
AME. Otra vez!
MAR. Lo presumia.
CLA. Piedad! piedad!
FER. Nada alcanza,
ni puede hacer que varie
mis intentos tu plegaria.
(Saca una pistola.)
MAR. Acabemos de una vez.
FER. Pues reciba usted la bala.

(Apunta al Marqués que permanece inmóvil: Clara y Amelia dan un grito de horror; Fernando varia la punteria, y dispara á un jarron de flores que habrá sobre un pedestal y lo rompe.)

CLA. } Ah...!
AME. }
FER. Nada teman, ha sido
otro el blanco; está zanjada
nuestra deuda, amigo mio;
devuelvo el papel. *(Dándoselo.)*
MAR. *(Rompiéndolo.)* Oh! gracias!
AME. Fernando mio...!
CLA. Señor...!
FER. La escena está terminada;
con Amelia me desposo
al punto; quizás mañana.

Vosotros... vivid felices,
y esa será mi venganza.

FIN.

Madrid 14 de abril de 1852. = Examinada por el censor de turno y de conformidad con su dictámen puede representarse. =Melchor Ordoñez.

REPERTORIO DRAMÁTICO.

JOSE MARIA ZAMORA, EDITOR, GRANADA.

Catálogo de las obras dramáticas de que consta.

TITULOS.		AUTORES.	Actos.	Actrices	Actores.	Precio.
Amor y miedo..	(c. v.)	D. Mariano Pina. . .	3	3	3	8
Aqui paz y despues gloria.	(c. v.)	« «	1	1	3	4
Cosas de locos..	(c. p.)	« «	1	1	3	4
Al amanecer..	(z. v.)	« «	1	3	3	4
Semifusa y corchea. . . .	(c. p.)	« «	1	1	4	4
Como anillo al dedo.. . .	(c. v.)	« «	3	2	3	8
Ricardo III.	(d. v.)	D. Antonio Mendoza.	4	2	5	8
Los bandos de Castilla.. .	(d. v.)	« «	3	3	17	8
Es inocente.	(d. v.)	« «	4	2	7	8
Azares del coquetismo . .	(c. v.)	« «	4	3	5	8
Azares del coquetismo. 2.ª parte.		« «	4	3	5	8
Don Esteban Illan.	(d. v.)	Sres. Mallí y Garcia..	3	1	7	8
El maestre de Santiago. .	(d. v.)	« «	4	2	5	8
La virtud y la traicion.. .	(d. v.)	D. Antonio Mallí. . .	4	2	4	8
Iñigo Arista.	(d. v.)	« «	3	2	5	8
Pelayo el niño..	(d. v.)	« «	3	1	5	8
Ceder amor y fortuna. . .	(d. v.)	D. José Vivancos. . .	3	2	2	8
El valor recompensado. .	(d. v.)	Sres. Gimenez-Serrano y Almendros..	2	2	5	6
Número 99.	(z. v.)	D. José J. Soler.. . .	1	2	4	4
Anton Perulero.	(c. p.)	« «	1	2	2	4
Por el baile.	(c. v.)	« «	1	2	5	4
Otras capas.	(c. v.)	« «	2	3	2	6
Quien á quien?	(c. p.)	« «	1		4	4
El Padrino	(z. v.)	D. M. Angel	1	2	3	4
Con poeta y sin contrata..	(c. v.)	D. M. F. Gonzalez. .	1	3	3	4
Un duelo á tiempo	(c. p.)	« «	1	2	4	4
Dios es el Rey de los Reyes.	(c. v.)	Sta. D.ª E. Lozano. .	1	2	8	4
D. Juan de Austria. . . .	(d. v.)	« «	4	1	20	8
Una actriz por amor. . . .	(c. v.)	« «	1	2	3	4
Un doble sacrificio	(d. v.)	« «	2	3	4	6
Los dos verdugos.	(d. p.)	D. Angel Povedano..	5	3	9	8
Pablo el Flamenco. . . .	(c. p.)	« «	3	3	6	8
Enrique de Lorena. . . .	(d. v.)	D. Enrique Zumel . .	5	2	12	8
Enrique de Lorena. . . 2.ª parte.		« «	5	2	12	8
Una deuda y una venganza.	(d. v.	« «	3			8
El marido es un tirano . .	(c. v.)	D. G. Fernandez. . .	3	3	4	8
La venta de Quiñones. . .	(c. v.)	D. Diego Vulnes. . .	1	2	4	4
Contra amor no hay resistencia..		D. José F. Gimenez..	1	2	3	4
Una esposa para un rey. .	(d. v.)	« «	5	2	3	8
De una injusticia cien favores. .		D. Lorenzo Campano.	5	3	7	8
Ojos y oidos engañan. . .	(c. v.)	D. Rafael Milan. . .	3	3	5	8

Las letras que van entre paréntesis á continuacion del título de las obras, significan (c) comedia; (d) drama; (z) zarzuela; (v) en verso; (p) prosa.

Se rebaja al que compre toda la colecc

3 0112 117479383

SE HALLAN DE VENTA EN LOS

En *Granada* en la imprenta y libreria de D. José M. Zamora.

En *Madrid* en las librerias de Rios y Villaverde, calle de Carretas; en la de Cuesta, calle Mayor.

EN PROVINCIAS.

Adra.	D. Francisco Barr. Medina.
Albacete. . .	Nicolás Herrero y Pedron.
Alcalá.. . . .	Felix Moreno.
Alcoy.	José Martí y Roig.
Algeciras. . .	Vicente Castaño y Monet.
Alicante.. . .	Pedro Ibarra.
Almaden. . .	Félix Quiroga.
Almeria.. . .	Mariano Alvarez.
Andújar. . .	Domingo Caracuel.
Aranjuez. . .	Gabriel Saniz.
Avila.	Julian Corrales.
Avilés.. . . .	Ignacio Garcia.
Badajoz.. . .	Sra. Viuda de Carrillo.
Baeza.. . . .	Manuel Alhambra.
Bailen. . . .	Manuel de Heredia.
Barcelona.. .	José Piferrer Depans.
Benavente.. .	Pedro Fidalgo Blanco.
Berja.	Nicolás del Moral.
Bilbao.. . . .	Srés. Delmas é Hijo.
Burgos. . . .	Sergio Villanueva.
Cáceres.. . .	José Valiente.
Cádiz.	Revista Médica.
Calatayud.. .	Bernardino Azpeitia.
Carmona. . .	José Moreno.
Cartagena. .	Vicente Benedicto.
Castellon. . .	Remigio Moles.
Chiclana. . . .	Manuel Alvarez Sibello.
Ciudad-Real.	Antonio Mexia.
Ciudad-Rodrigo. . . .	Salomé Perez.
Córdoba.. . .	Juan Manté.
Coruña. . . .	José Maria Bagullera.
Cuenca. . . .	Pedro Mariana.
Ecija.	Ciriaco Jimenez.
Gerona. . . .	Figaró.
Guadalajara.	Miguel Perez.
Habana. . . .	Antonio Charlain.
Huelva. . . .	José V. Osorio é hijo.
Huesca. . . .	Bartolomé Martinez.
Haro.	Pascual Carranza.
Igualada. . .	Joaquin Abadal.
Jaen..	Sres. Sigrista y compañia.
Játiva.. . . .	Blas Bellver.
Jeréz de la Frontera. .	José Bueno.
Leon.	Manuel Gonzalez Redondo.
Lérida. . . .	José Sol.
Lorca.	D. Francisco Delgado.
Logroño. . .	Ciriaco Verdejo.
Loja..	Juan Cano.
Lucena. . . .	José Gimenez.
Lugo.	Manuel Pujol y Masia.
Málaga. . . .	Francisco de Moya.
Manila. . . .	Tomás Escudero Izquierdo.
Motril. . . .	José Joaquin Batlle.
Murcia. . . .	Antonio Molina.
Orense. . . .	José Ramon Perez.
Oviedo. . . .	Rafael C. Fernandez.
Palencia. . .	Gerónimo Camazon.
Palma.. . . .	Juan Guasp.
Pamplona.. .	Teodoro de Ochoa.
Plasencia. . .	Isidro Pis.
Pontevedra. .	Juan Verea y Varela.
Priego. . . .	Gerónimo Caracuel.
Puerto de sta. Maria.. . .	José Valderrama.
Requena. . .	
Reus	Juan Bautista Vidal.
Ronda.. . . .	Rafael Gutierrez.
Salamanca . .	Telesforo Oliva.
S. Fernando,.	José Tellez de Meneses
Santa Crnz de Tenerife. .	Pedro M. Ramirez.
San Sebastian.	Pio Baroja.
Santander. . .	Clemente Maria Riesgo.
Santiago.. . .	Sres. Sanchez y Rua.
Segovia. . . .	Eugenio Alejandro.
Sevilla.. . . .	José Geofrin.
Soria.	Francisco Perez Rioja.
Talavera. . .	Angel Sanchez de Castro.
Tarragona. .	Antonio Puigrubí y Canals.
Teruel. . . .	Vicente Castillo.
Toledo.	José Hernandez.
Toro.	Alejandro Rodriguez Tejedor.
Trinidad de Cuba.. . . .	Melton F. de Revenga.
Tuy..	Francisco Martinez Gonzalez.
Valencia.. . .	Francisco Mateu y Garin.
Valladolid. .	José M. Lezcano y Roldan.
Velez Málaga	Antonio Maria Cebrian.
Vigo..	José Maria Chao.
Vitoria.. . . .	Fernando de Echevarria.
Zamora. . . .	José Garcia Pimentel.
Zaragoza. . .	Joaquin Yagüe.